Mineatlán 16 de Agosto-78

PLAZA PUBLICA

7 Años de Javier Barros Sierra
La Lección de una Vida
Triunfo del Realismo y el Decoro

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Ayer se cumplieron siete años de la muerte de don Javier Barros Sierra. Sin acatamiento a la necrofilia que impone veneración a los muertos sólo porque lo están, el que en este año se cumpla un decenio del gran momento histórico en que vivió este ilustre mexicano sus horas estelares, obliga a reflexionar en la gran lección que nos dejó en las crudas jornadas de 1968.

Javier Barros Sierra era un hombre del Sistema. Conviene partir de este hecho esencial, para valorar más justamente su actuación al frente de la Universidad Nacional, durante los cuatro años de su rectorado, y sobre todo en los cruciales acontecimientos de hace una década. Decir que fue un hombre del Sistema no lo describe peyorativamente, sino al contrario, porque probó con hechos que la pertenencia, la fidelidad y el servicio eficaz a un aparato político y administrativo no supone obligadamente la renuncia a la propia dignidad ni conduce, de manera inexorable, a la degradación de quien acata servilmente.

Aunque son conocidos los datos de la biografía de Barros Sierra, conviene traerlos de nuevo a la atención pública, para subrayar nuestra afirmación anterior. Si sólo midiéramos la importancia de su vida en términos de éxito, de actuación sobresaliente en cada uno de los campos a los que dedicó su existencia, podríamos asegurar que Barros Sierra fue un triunfador. En la vida académica, no sólo desarrolló con amplitud sus talentos en las ciencias exactas, sino que se distinguió también como eficaz administrador académico, al frente de la facultad de Ingeniería y, sobre todo como rector de la UNAM. La naturaleza de su profesión lo condujo al ejercicio privado de ella, y se convirtió en uno de los constructores del gran consorcio de ingeniería civil ICA. Servidor público, en fin, dirigió el Instituto Mexicano del Petróleo y colaboró con el Presidente López Mateos como secretario de Obras Públicas, fue miembro del segundo nivel más alto en la administración federal.

Sin embargo, limitar la valoración de la vida de Barros Sierra a su curriculum sería caer en la trampa de confundir la evolución vital con un escalafón. Puesto que lo recordamos con motivo de 1968, conviene concentrar en esa coyuntura nuestra atención a los valores que ejerció y por los cuales se convirtió en el maestro por excelencia de un conjunto generacional que en aquel año dscubrió, con asombro que pasó al azoro, y de manera simultánea, sus capacidades de organización política y la dureza con que un aparato estatal carente de aliento democrático y de visión amplia del porvenir, puede responder a quienes, según ese propio aparato, lo agreden.

Barros Sierra tomó la rectoría en circunstancias singularmente críticas para la Universidad Nacional. Eludió el riesgo de aparecer como beneficiario de los actos de ruindad que condujeron a la renuncia del rector Ignacio Chávez. Las aves rapaces que depredaron el prestigio de la institución en 1966 no pudieron anidar en el nuevo rectorado, que de ese modo pudo emprender la difícil tarea de anudar otra vez la trama del quehacer universitario, dstrozada por quienes precozmente aprendieron las más bajas triqueñuelas que consiguen el ascenso político.

Si en 1968 Barros Sierra pudo encarnar el espíritu libre de la universidad frente a la coerción ilegítima del Estado, fue entre otras cosas porque en los dos años anteriores había puesto en obra su convicción de que a los jóvenes es preciso educarlos antes que castigarlos. No fue, por supuesto, un rector populachero. Se lo impedían su conciencia y hasta su porte, incapaz de contemporizar con la vulgaridad. Pero entendió claramente, desde 1966, que los universitarios no podían ser tratados a puntapiés o bayonetazos, sino atendidos con razones.

Entre los varios momentos estelares en que brilló su dignidad durante 1968, dos ameritan a mi juicio, particular atención. El primero, consistió en encabezar la protesta del primero de agosto. Al marchar al frente de la manifestación, y al dirigirse a la multitud de estudiantes y profesores que lo siguió, Barros Sierra consiguió dos efectos: Puso su prestigio y su posición frente al designio gubernamental que buscaba calificar como conjurados y alborotadores a los estudiantes; pero al hacerlo se expuso al riesgo, poco después concretado, de que se le atribuyeran iguales calificaciones que a los universitarios y politécnicos que expresaban en las calles sus demandas. Sin decirlo expresamente, renunció a ser juez de las conductas estudiantiles, para ser parte con ellas.

Pagó el precio de lo que el aparato más cerrado del gobierno juzgó una insolencia. Una sostenida, infame, vejatoria campaña fue lanzada contra él. Cierto es, dijo al renunciar a la rectoría, en septiembre de 1968, que esa campaña estaba orquestada por gente menor. Pero todos en México saben, agregó desafiante, a qué dictados obedecen. Hablamos de desafío no en el sentido de reto machista e irresponsable, como el de quien da una bofetada a su contrincante sabedor de que no podrá responder. Al contrario, hombre del Sistema como era, hombre inteligente como era, Barros Siera sabía a que atenerse. Seguramente conocía la gravedad que para un dirigente político de tan alto nivel como es el rector de la Universidad Nacional significa ponerse frente a frente con el Presidente de la República, sobre todo cuando se trata de uno que actúa más llevado por los efectos de la atrabilis que por las razones de Estado. Pero seguramente también sabía de la necesidad de oponer un dique a la arbitrariedad estatal y eligió sumar su esfuerzo a la construcción de ese dique.

Este segundo momento estelar, el de su renuncia rechazada por una comunidad universitaria que acaso entonces actuó por última vez como tal comunidad, hizo arreciar en su contra la estéril campaña de desprestigio, que hoy continúa con el silenciamiento de su obra y en torno de su figura, acaso porque mucha gente menor ascendió, que no creció, y debe evitar que el ejemplo del digno rector del 68 nos influya diez años después.